

Ballet

Apoteosis de la danza

POR Teobaldos

BALLET NACIONAL DE CUBA

Intérpretes: Ballet Nacional de Cuba. Viengsay Valdés, dirección. **Programa:** *Lover Fear Loss*, cor. Ricardo Amantes, música, temas de Edith Piaf. *Tres preludios:* Ben Stevenson / Raschmaninov. *Concerto DSCB*, Alexeu Ratmanský / Shostakóvich. *Séptima sinfonía*, Uwe Scholz / Beethoven. **Lugar:** Baluarte. **Fecha:** 25 de mayo de 2023. **Público:** No llegó a tres cuartos (43 y 37 auros). No se facilitaron nombres de los solistas.

Beethoven no tuvo ninguna intención *balletística* al componer su séptima sinfonía; pero, después de ver la magnífica versión coreografiada de los cubanos, creo que Wagner acertó con

bautizarla como “la apoteosis de la danza”. Vuelve la compañía cubana (Olite 1982 y 1988; Baluarte 2009, 2015), con la excelencia de su escuela, para nosotros, quizás, la mejor, porque han sabido dar una chispa inigualable de identidad nacional al academicismo clásico de otras escuelas, la rusa, fundamentalmente. Hoy el Ballet Nacional de Cuba —en su 75º aniversario—, trata de recomponerse de los diversos avatares de toda gran compañía: muerte de Alicia, algunas deserciones, etc. Pero, lo fundamental es que lo que hemos visto en Baluarte, sigue transmitiendo esa gracia cubana que sabe imprimir al clásico. Porque el ballet clásico subyace siempre: dominio de puntas, con recorridos majestuosos del escenario no sólo en solistas, sino en el cuerpo de baile; giros múltiples como finales de frase, *elevaciones* atrevidas, cuadratura de la simetría, etc. En la luminosa —también por el buen tratamiento de la luminotecnia—, versión que hicieron de la *Séptima sinfonía*, el protagonista es el cuerpo de baile, (quizás, todavía no hay unos claros sustitutos a Marianne, Acosta, la directora actual... Alicia es insustituible), con algún solista más destaca-

do, y, desde luego, unos demi-solistas, solventes. El cuerpo de baile se muestra, en su conjunto, con una estética algo disímil —si la comparamos con el equilátero rasero de otras compañías—, pero esto acaba resultando una virtud, porque a la férrea disciplina aprendida, se le imprime una libertad individual del bailarín, aun dentro del grupo. El gran éxito de la *Séptima* (entera) es que tanto la coreografía de Uwe Scholz, como su realización, están a la altura de Beethoven, ahí es nada. Beethoven queda siempre vestido de danza, incluso en esos momentos —muy logrados— en los que todos los bailarines se quedan quietos en un círculo, abducidos por la música, escuchado. Los cuatro movimientos fluyen con una belleza, agilidad y tensión, magníficos. La danza se apoya y depende de la partitura, no hay vacíos coreúuticos. Al contrario, cada tema tiene su trazo, y la coreografía es rica, porque, así como los temas de Beethoven, por más que se repitan, no se agotan, aquí vienen bien esas repeticiones porque se goza, de nuevo, de lo visto. En estos momentos, a la compañía, que transmite juventud, luminosidad y brío, le van mejor los tiempos *allegro*: la ale-

gría de bailar juntos, de transmitir energía. Esto lo demostraron, también en el cierre de la primera parte, con el concierto de Shostakóvich y la coreografía de Ratmanský: abstracta y esquinala, con una realización poderosa, exacta, sin trampas ni dobleces, rotunda en lo expuesto e impuesto, por el piano; con algunos detalles de puntas por el escenario que emulaban a las manos por las teclas. Abrió el programa un homenaje a Edith Piaf, con tres pasos a dos, bonitos, de fraseo fundamentalmente lírico, pero, todavía, sin la emoción del gran paso a dos. Y la famosa coreografía sobre la barra, de Stevenson, también en línea lírica. Un acierto ofrecer el piano en directo, en la primera; no se por qué no se hizo en la segunda (piezas para piano de Raschmaninov). Grabaciones, luces y vestuario, excelentes. Sin duda una gran velada de ballet (sobre todo la segunda parte). Con un programa *combinado*, que es lo que se lleva por todas las compañías. Cada vez es más difícil ver una gran obra de repertorio (un Lago, por ejemplo). Quizás el público, en general, prefiera estos programas variados. La apoteosis también se dio en los aplausos. ●

Un cuento para prevenir el suicidio

CON ILUSTRACIONES DE BEATRIZ MENÉNDEZ, YOLANDA MONTERO PRESENTA SU OBRA 'ADAYU. ROHKEA Y LA FUERZA DE LA UNIÓN'

Un reportaje de Pablo Aduriz Fotografía Oskar Montero

Hay dolores visibles, dolores que implican tener cicatrices, vendas o escayolas que están a la vista de todos. Pero también hay males que no se pueden ver, que a veces ni siquiera el que los sufre los percibe como tales. Y para luchar contra el último escalón de este dolor invisible, el suicidio, nace *Adayu. Rohkea y la fuerza de la Unión*. El nuevo cuento, o álbum ilustrado, de Yolanda Montero, ilustrado por Beatriz Menéndez, busca trabajar en la prevención del suicidio. Se trata de “una historia para todas las edades que nos acerca al dolor de una manera original y llena de esperanza”, relata Montero.

El libro cuenta la historia del poblado de Rokhea, donde sus habitantes comienzan a padecer una dolencia que nace en el interior de cada uno. Una enfermedad que, una vez se exteriorizaba, podría terminar con ellos. Sin embargo, los rohkeanos se dieron cuenta de que, apoyándose en la comunidad, dicha dolencia podría desaparecer.

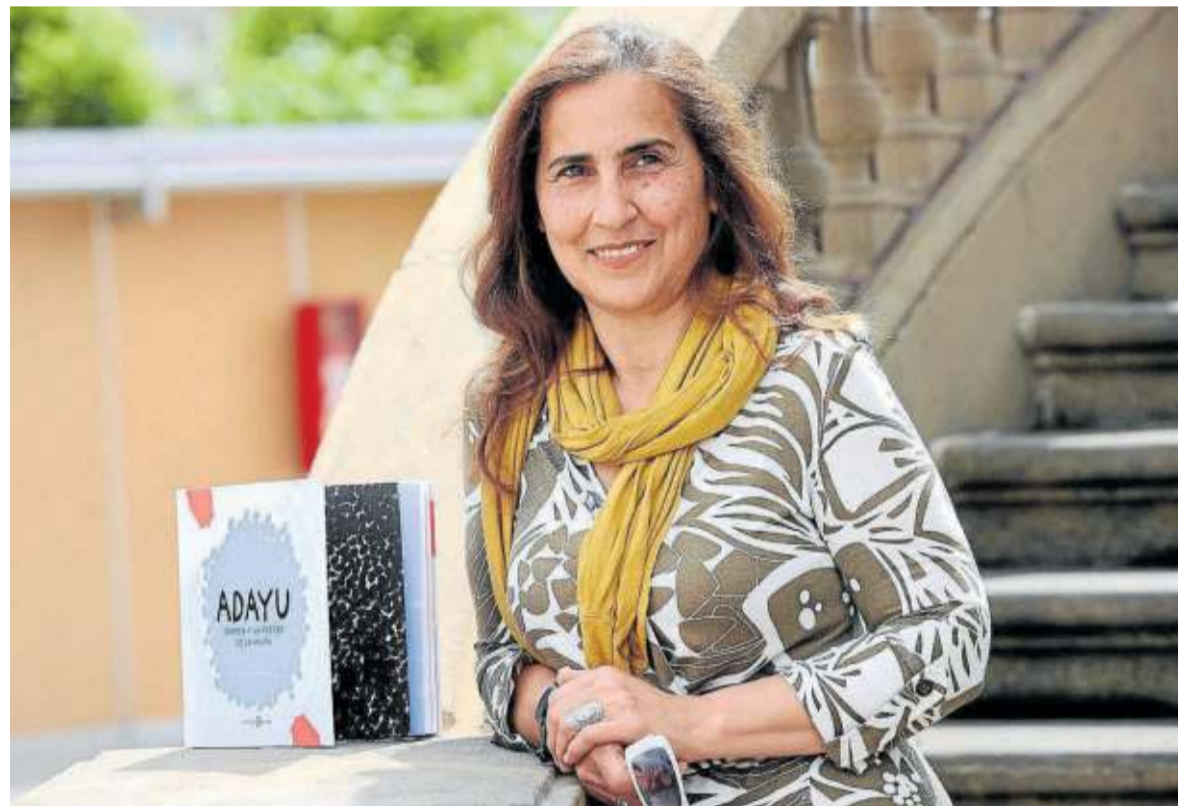
“Somos individuos, pero siempre en una comunidad. En el cuento se muestra cómo mediante el tacto y el acompañamiento, se pueden solucionar los problemas”, explica

Montero.

En la obra literaria no hay ni personajes ni dibujos claros y concisos, sino que mediante la generalidad del poblado y las ilustraciones abstractas y poco definidas, “queremos que cada persona lleve la situación a su caso. Es una lectura muy íntima, cada uno tiene que tener su interpretación propia”, observa Menéndez.

SUGERIR Y NO MOSTRAR Así, la esencia del cuento no consiste en contar una historia concreta, sino en un dibujar una situación que todos podrían vivir y cuál puede ser el comienzo de la solución, “el apoyo en el otro”, señala la escritora. De esta manera, en la página web de la editorial Eunáte hay disponibles fichas de trabajo para dialogar, ya sea con tu familia o en aulas de Primaria y Secundaria, sobre los dolores invisibles que *Adayu. Rohkea y la fuerza de la unión* sugiere.

En este sentido, Montero recalca la intención de llevar el cuento a las aulas, porque “ese mal que ataca a algunas personas, puede ser la ideación del suicidio, pero también, y en edades más tempranas principalmente, será una preocupación, un malestar, un dolor sobre



Yolanda Montero posa junto a su libro, en la Plaza del Castillo.



Beatriz Menéndez (Voilà), ilustradora del cuento.

LOS AUTORAS

- **Yolanda Montero Martínez.** La escritora nació en Pamplona, incorpora en sus textos su sensibilidad social y los principios básicos de la igualdad, el desarrollo integral de la infancia y la corresponsabilidad en la educación.
- **Beatriz Menéndez-Voilà.** La ilustradora busca mostrar la idea en el color. Garabatea, usa los lápices, las acuarelas, los rotuladores, los acrílicos, el escáner y el ordenador.

el que se puede hablar, conversar, y que se puede sanar con contacto, afecto, cercanía y cuidado de la comunidad”.

Por tanto, “el cuento ofrece varias

capas de lecturas y diferentes interpretaciones según la edad de quien lo lee”. La historia es sencilla, llena de sensibilidad y presenta una visión en positivo que puede ser

entendida y replicable a cualquier edad: “poner en valor la fuerza de la comunidad”, que puede ser tanto la familia cercana, el círculo de amistades o el sistema sanitario. ●